

CARTA NOVENA
DE LOS LAMENTOS POLÍTICOS
DEL POBRECITO HOLGAZAN

á Don Servando Mazculla.

Amigo del alma mia: Ahora sí que me veo negro y apurado, sin saber por donde partir, ni á donde dirigirme con mis clamores. Su ahijada de Vmd. la Petronila, mi hija mayor, aquella en quien tanto yo como su madre fundábamos nuestras esperanzas, aquella en quien teníamos puestos los ojos para que fuese otra santa Teresa, segun la educacion que ha recibido, la que nos tenia dada palabra de meterse monja carmelita en cuanto cumpliera los catorce años, y á la que apenas faltaban dos meses para completar nuestros deseos, ha salido ahora de repente con....; sobre que no me atrevo á decírselo á Vmd....; sobre que se me cae la cara de vergüenza despues de lo que ha pasado, y los compromisos en que me ha puesto. Pero ¿qué saco con callar-

lo, si al fin y á la postre lo ha de saber Vmd. todo, por mas que lo disimule? Esta muchacha tan recogida, tan juiciosa, tan aficionada á novenas y á sermones, de la noche á la mañana, y sin saber como ni por donde, se halla enamorada como una bestia, y pide boda á toda prisa. Ya me parece que le oigo decir á Vmd. que el asunto no merecia tantos aspavientos, y que si quiere casarse no hay mas que buscarla un buen novio, llevarla á la puerta de la iglesia, y echarla las bendiciones. Pero no es ese el busilis del negocio, ni yo habia de pararme en semejante bagatela; lo que me apura en el lance es lo que voy á decirle.

Ya Vmd. sabe la costumbre tan piadosa como antigua de que cuando un padre determina que alguna de sus hijas tenga vocacion de monja, lo primero de que se ocupa es de buscarla la dote, porque sin ella es difícil hallar convento que la reciba, ó tiene que entrar de lega, que es como si dijéramos criada perpetua de la comunidad. Yo, como buen padre, y mi muger como buena madre, cada uno por nuestro lado hemos ido recogiendo lo que buenamente hemos podido para esta obra

meritoria. Hubo algunos que nos dieron la limosna de contado; y éstas, por supuesto que nos las hemos comido alegremente sin esperar á que acabase de madurar la vocacion. Otros algo mas mirados solo prestaron su firma para que acudiésemos á cobrar la suscripcion á su debido tiempo; mas faltaba lo mas neto, que eran las muchas prebendas que ya teníamos apalabradas, y que no solo hubieran cubierto la tal doté, sino sobrado muy mucho para otras varias cosillas que nos hacen suma falta. Dejo aparte en todo esto la suerte de la muchacha, que pudiendo llegar á ser una señora hecha y derecha, con su *reverencia* al canto, tener su casa pagada y su comida segura, sabe Dios dentro de poco si tendremos que petardear para ella y para el tunante de su marido. Una monja, vamos claros, si se llega á acostumbrar á no salir del convento, á obedecer ciegamente á la prelada, á no acordarse del mundo ni de sus falaces atractivos, á renunciar á las modas y á los chismes, á no pensar nunca en hombres, ni á dar importancia á nada sino á la superiora y al confesor, lo pasa como una reina,

y se encuentra de patitas en el cielo el día menos pensado. Por eso conviene mucho que entren allí chiquititas, y antes de que se las pase la afición á golosinas, porque si se las dejara ponerse un poco talludas, preferirian acaso un rato de chicoleo á cuantos dulces se fabrican en todas las confiterías del mundo. Lo que á mí me parte el alma es que siendo esto tan claro, todavía hay quien se queje de que á estas pobres muchachas les falta el conocimiento necesario para saber el empeño que se van á echar á cuestras. Al oírlos no parece sino que solo debian estar poblados los conventos de viejas y desdentadas, hartas de andar por el mundo, y acaso desengañadas de los chascos que él ofrece. Pero ellos no consideran, en primer lugar, que no habria oídos que aguantáran un coro de religiosas, si además de su gangueo les añadimos la falta de dientes y el desentono propio de aquella edad, y en segundo, la importancia de aprender á leer latin, que forma casi la esencia de la monjil sabiduría. Buena andaria la cosa, si en lugar de tanta jóven, solo se admitieran jamonas y romancistas. ¡Dios nos libre!

Antes de ayer tuve el gusto de dar un estrecho abrazo á mi primito Antoñuelo, el hijo de mi tío Don Blas, que viene de la universidad de Alcalá, donde ha tomado las borlas en sagrada teología. Le aseguro á Vmd. que no nos cansamos de oírle, y que cada día me arrepiento mas de no haber seguido esta carrera que á mi entender encierra dentro de sí todos los conocimientos humanos. La teología es una cosa que sin saber como ni cuando se dá á conocer por sí misma, y traspira sensiblemente en todas las conversaciones. Aunque se junten doscientos hombres en una concurrencia, como verbigracia, en un salon de Cortes, se han de conocer á la legua los que hayan estudiado teología, y los que solo se hayan dedicado á estudios meramente profanos. Se nota cierta finura en sus discursos, cierta claridad en sus ideas, y cierto apego á la demostracion, que por mas que lo disimulen no es posible dejar de distinguirlos. ¿Qué vale la medicina con todas sus auxiliares? ¿De qué puede servir la física, las matemáticas, la ideología, ni la filosofía moral si con ellas no se mezcla un poco de teología? Dichosa edad, y

siglos dichosos aquellos en que el mundo entero era gobernado por teólogos! ¿Cuándo se hablaría de Newton, ni se le mentaría para nada, si no hubiese comentado el apocalipsi? ¿Qué desatinos no dijo Galileo acerca del movimiento de la tierra solo por no haber consultado el punto con los teólogos romanos! Engañóse como un chino, y se engañarán del mismo modo toditos los que presumen dar un paso hácia adelante sin el auxilio de tales hombres.

Suelen ciertos majaderos dedicarse únicamente á las cosas de acá abajo, quedando muy satisfechos con ganar cuatro mendrugos y vestir decentemente, como si esto valiera dos cominos. El teólogo, nada de eso, no repara en tales cosas, vive con lo de allá arriba, y no se alimenta mas que de silogismos y autoridades. No hay espíritu foletó que no le haya dado cuenta circunstanciada de sus facultades y obligaciones, y se guardaría muy bien el mismo diablo de hacer ninguna travesura sin tener el visto bueno de teólogos omniscios. Viva nuestra insigne España, que es la única que ha sabido perpetuar é identificar estos subli-

mes conocimientos con todas nuestras ideas. Otros pueblos de la Europa fueron tambien teologazos, pero luego se perdieron por haberse separado de un estudio tan sabroso. Nosotros por el contrario, cada dia le tenemos mas aficion, y le conservamos en mayor estima, porque á él solo le debemos nuestra prosperidad y grandeza. Teólogos nacimos, teólogos somos, y teólogos hemos de morir aunque les pese á las brujas, porque nuestras leyes, nuestros usos, y hasta nuestros entretenimientos son y deben ser teológicos.

Mas en nadie sobre todo pega mejor este estudio que en los ministros de estado, como que por ellos solos ha de correr exclusivamente el negociado de Roma, y cuando cualquiera de ellos publica alguna obríta teológica salto y brinco de contento á pesar de que yo no entienda una palabra. Veo entonces que el ministro deja su opinion sentada, y para cualquier apuro no hay mas que recurrir á él, porque desempeñará el ministerio con tanto acierto como una cátedra de prima. ¡Qué descansada se queda la conciencia de un ministro cuando somete un asunto

al dictámen de una junta de teólogos! Teólogos debieran ser tambien los emba-
 jadores, con eso sabrian hasta qué pun-
 to pueden rozarse con los hereges, y no de-
 jarían de convertir á cuantos se pusiesen
 por delante. Teólogos convendria que
 fuesen todos los Diputados de Cortes, ya
 que se empeñan en que las haya, para
 que no perdieran el tiempo en cuestiones
 terrenas y mundanas, sino que se dedi-
 casen á aclarar algunos puntos dudosos
 de moral. Entonces sí que se quedarian
 las galerías con la boca abierta, y hasta
 sería yo capaz de asistir á ellas aunque
 diese que decir á nuestra gente.

Pero, volviendo á mi primo, lo cierto
 es que ya le tenemos en disposicion de
 que pueda ser util á la familia, porque
 demos de barato que él no tenga voca-
 cion de ser canónigo magistral de algu-
 na iglesia, en lo cual obraria como pru-
 dente, por lo menos ya se sabe que en me-
 nos que canta un pollo ahorca los hábi-
 tos largos, y se hace médico famoso. To-
 dos los de honra y provecho que han he-
 cho ruido en España hasta estos últimos
 tiempos, empezaron la carrera haciendo
 sus cursos en la teología, y hacian en

eso muy bien, porque hechos se los hablaban. ¿Quién puso jamás reparo en permutar los años teológicos por los años médicos? ¿Ni cómo puede llamarse perdido ese tiempo, cuando lo regular es que luego que un médico de chapa se acerca á la cabecera de un enfermo, le dirija la palabra en latin, y espete cinco ó seis testos de la escritura, sin olvidar el *honora medicum*? ¡Oh, y como se les distingue y conoce á estos sábios la tinturita teológica que tomaron en las escuelas, y cómo les hace lúdir en las consultas! Yo por mi parte confieso que no me dejaria tomar el pulso por hombre que no supiese de memoria á lo menos las cuestiones sobre la predestinacion, porque es mucho consuelo para un enfermo que se halla con almorranas ó con dolor de barriga, saber que aquellos dolores estaban ya concebidos en la mente del Eterno antes que hubiese en el mundo ni barrigas ni almorranas.

Dícenme que estan furiosos los sastres y zapateros, y otros varios artesanos, con la especie que ha corrido de que van á cesar ya las ordenanzas gremiales. Afe que si fuera cierto, tienen sobrado mo-

tivo no solo para incomodarse, sino para tirar por la ventana todas las herramientas y utensilios de su oficio. Pues estaríamos frescos si se viniesen ahora cuatro mozuelos sin pelo de barba á plantar su tarjeton y buscarse parroquianos sin mas que por haber aprendido el oficio, sabe Dios cómo y en dónde. Lo primero es la conciencia, y no debe permitirse que nadie se meta á maestro sin que conste del examen, y haya pagado patente, y todas las zarandajas de costumbre. Figúrese Vmd., amigo, que viniese un forastero, y que conforme se habia de dirigir á un maestro examinado, se dirigiera á esos intrusos, que solo por acreditarse dan las obras mas baratas; ¿sobre quién recaeria este perjuicio del público? Sobre quién habia de recaer sino sobre los maestros titulares y legítimos que son los únicos que sufrieron el examen, como que tuvieron dinero con que costearle, y el que no pueda juntar lo que se le pida, que tenga paciencia, y trabaje de oficial, que lugar tiene para casarse y abrir tienda. Dispensen enhorabuena de este examen á los médicos y boticarios, y á las co-

madres de parir, y allá se las haya quien los necesite; pero permitir que un estereero, un ebanista, un cetragero y otros muchos presenten y vendan sus obras sin que sepamos de oficio que saben egecutarlas, es cosa que quita el juicio, y que solo puede tolerarse donde haya Constitucion.

Sé tambien de buena tinta que andan por ahí vocingleando una porcion de señores que vuelven de los presidios y de otros diversos sitios á donde fueron justamente condenados durante los seis años precedentes. Pero lo que mas me irrita es que, segun oigo á muchos, no se quejan ellos de lo que han sufrido en sus personas, bienes y familias, ni de las privaciones de empleos y utilidades que sufrieron *ipso facto*. De nada de eso se acuerdan, ni lo mientan para nada; pero lo que no perdonan ni dejan de sacar siempre á colacion, es que cuando los juzgaron fue solo por comisiones y nunca por tribunales. Esto me parece á mí que es una gran tontería, y que no hay motivo alguno para que se den oidos á semejantes pretestos. Vea Vmd. qué mas dará que se encargue la condenacion de un hombre á un tribunal establecido por

las leyes, que á una comision creada especialmente *ad hoc*. ¿No es la comision un verdadero tribunal desde el momento que se nombra? ¿Pues qué mas da ser juzgado por aquellos que por esta? Los tribunales comunes tienen mil majaderías que son capaces de hacer perder la paciencia al mismo Job, pues no parece sino que se les paga el sueldo á los jueces para que mimen á los delincuentes dándoles todos los medios posibles de defensa. Los culpados, ya se sabe, buscan todas las callejuelas que pueden, encuentran testigos, presentan documentos, explican ó desmienten los cargos y siempre acaban con decir, *tio yo no he sido*. De aqui resulta, que cuando uno está esperando con ansia ver salir una retahíla de gente para la horca, se encuentra con que el tribunal los ha absuelto de culpa y pena; ó cuando mas se ha contentado con imponerles una multa ó una suave reprehension.

No sucede así por cierto cuando se echa mano de las comisiones. Estas se nombran con pulso, se escojen los sujetos que han de componerlas, se les llama ántes aparte, se les dice lo que se quie-

e, se les insinúa el premio que deben esperar de su docilidad, ó lo que deben temer si no hacen lo que se les manda, se les indica la suerte á que está destinado el reo, que sin duda debe serlo, puesto que ha tenido la osadía de desagradar. Luego que está todo corriente, se pone la orden por escrito, y se dice de este modo: *Importando al real servicio que se administre justicia con toda imparcialidad, y siendo tan necesario que se haga un público escarmiento de tales y tales atentados, se ha creído conveniente nombrar una comision compuesta de tales sujetos, que siempre son de notoria integridad, para que exclusivamente entiendan en el negocio, procediendo de contado á apoderarse de las personas, que suelen estar ya presas uno ó dos meses ántes, y ocupando sus papeles, dinero, alhajas, &c., se proceda á su castigo para que sirva de ejemplo.* Reunidos los señores, se coje al reo entre puertas y confiese ó no confiese, llore, chille ó se defienda, si ha de ir al palo vá al palo, y si conviene que vaya á un presidio se aprovecha la primera cadena, y arree Vmd. con él.

Asi es como á mí me gusta, y asi es

como han sido juzgados esos caballeros y otros, sin que pueda discurrirse en que han podido fundar tan extravagante queja. Tampoco extrañára yo que se vinieran mosqueando con si se les juzgó en público ó en secreto; vaya, que cosas como las que uno va oyendo no le ocurririan al mismo Barrabás. ¿Pues qué querian, que se pusiesen carteles para que todo el mundo viniera á escuchar qué tal lo hacia el relator, el fiscal y el abogado? Con que los jueces lo escuchen ¿no basta y sobra la mitad para que se crea justa y piadosa la sentencia? Yo tengo tan decidida inclinacion al secreto, que me parece como que no pega eso de que las causas criminales se hayan de discutir públicamente. Por egemplo; los testigos ¿no le parece á Vmd. que se explicarán con mas desahogo, metiditos en el despacho del juez, donde dirán francamente lo poco ó mucho que sepan ó no sepan, con tal que el escribano les eche alguna puntada, que no en presencia del reo y á la faz de todo el mundo? Hay razon para que se le permita al que va á ser juzgado, que ande replicando ó desmintiendo á cada paso á unos hombres

tan de juicio como son los deponentes? Eso es querer desatinos y hacer que se libren muchos que serian infaliblemente condenados si todo se hiciera callandito como hasta aqui. Es ademas vergonzoso que cojan por embustero á un testigo delante de tanta gente, y segun veo no habrá nadie que se atreva á serlo, sino el que esté muy seguro de lo que va á deponer. Norabuena que lo luzcan el fiscal y el abogado en algunas ocasiones, pero eso de que todo yente y viniente se ha de enterar de la causa, me parece un disparate y no me convengo en ello.

- Le aseguro á Vmd. amigo que me cuesta tanta repugnancia el tragar algunas cosas, que apenas se pasa dia sin que me vea precisado á sufrir y callar las amarguras que me cercan, y si no fuera por el consuelo que tengo al comunicarlas con Vmd., hace ya muchos dias que hubiera reventado de pesadumbre. ¿Ha visto Vmd. la manía y el empeño que han tomado por hacer que se egecute lo mandado antiguamente acerca de cementerios? ¿Qué mira podrán llevarse en tener tal pertinacia cuando está visto y revisto que esa medida no agrada ni á los vivos

ni á los muertos? De los curas no me admiro que hayan tenido la debilidad de obedecer, y aun de facilitar la egecucion de las órdenes comunicadas para el caso, porque en efecto hay entre ellos mas liberales de lo que generalmente se cree; pero lo que me pasma es que hasta los mismos frailes se vayan dejando arrebatarse un derecho que á mi entender no les era del todo inútil. Entiérrese enhorabuena aunque sea en medio de un monte esa gente pobretona que no deja una peseta, porque aun cuando estaban vivos apestaban de una lengua; pero al que deja dinero y ha pagado la mortaja, es una impiedad horrible que no le dejen podrirse en donde le dé la gana, y tan lejos estoy yo de creer que esto perjudique á la salud pública, que ántes bien me persuado á que tales podredumbres engordan á mucha gente. ¿No es verdad?

Tambien me hace mucha gracia que dentro de un mismo reino se hablen diez ó doce lenguas, haya diferentes pesos, y varíen las medidas. Para mí forma todo esto tan agradable armonía que sentiria en el alma que se tomase sobre ello la menor disposicion contraria. Es tanto lo

que me gusta la diversidad en todo, que quisiera que cada provincia se manejara de un modo absolutamente distinto de la inmediata: usos, leyes y costumbres, gobierno, trages, monedas, educacion y lenguaje, todo debe distinguirse y variarse hasta lo sumo. ¡Cuánto goza un forastero al llegar á una posada viendo que nadie le entiende si no se esplica por señas! Pide una vara de cinta y le dán algunas veces media cuarta mas ó ménos, trata de pagar su importe y viene á costarle un doble, ó bien le sale de valde. Quiere un cuartillo de vino, y en unas partes le alcanza apenas para remojar los labios, y en otras le sobra para perder la chaveta. Si ajusta trigo, garbanzos, tomates ó berenjenas, al cabo de un par de meses ya podrá haberse enterado de la cantidad que equivale á la que él se propone comprar. Todo esto nadie puede negar que por lo ménos es muy entretenido y proporciona una ocupacion bastante agradable. Mas ya verá Vmd. qué pronto arman una gerigonza los Señores Diputados y nos obligan á medirnos á todos por un rasero; pero trabajo les mando si lo toman con empeño, porque apuradamente es cosa que por mas

que la prediquen no se han de salir con ella, aunque se pasen veinte generaciones, y seríamos los únicos en Europa que se hubiesen dejado convencer con semejantes sofismas.

¡Qué poco nos engañábamos Vmd. y yo en el eminente concepto que teníamos formado de las ilustres personas que mandaban hace tiempo! Ea amorado me tiene el modo con que se esplican con los ministros actuales. Hombres que hubieran ahorcado á su padre y á su madre con solo haberles oido la mas ligera palabra que oliese á Constitucion, se hallan en el dia poseidos de tal afecto ácia ella, que apenas aciertan á espresar la amargura con que veian dilatarse la época de su observancia. Mil veces diz que estuvieron por hacer un disparate, pero supieron vencerse por la esperanza que tenian de que al fin y al cabo no podian ménos de mandar los que ahora mandan; como que se caia de su peso, y ellos lo propusieron mil veces delante de tal persona que murió el año pasado, la cual pudiera decir el arrojito y la firmeza con que estuvieron batallando porque el Rey se decidiese á firmar lo que ellos le proponian. Dan parte

de la violencia con que refrendaron aquellos decretos que tanto les repugnaban, pero no habia remedio; otros mal intencionados habian tenido la culpa, y ya se ve no se puede todo lo que se quiere, porque tambien si uno se manifestaba demasiado, estaba espuesto á no poder continuar haciendo bien. Pero por lo que hace á ellos es bien notorio que no podian prescindir de los principios liberales que abrigan en su corazon, aunque por desgracia no pudiesen manifestarlos como querian. Yo siento á la par del alma que esto aquí se tome á broma, y que anden haciendo burla de unas cartas que en mi concepto debian ponerse en letras de oro, y fijarlas por las esquinas para que sirviesen de norma en eso de palinodias, y confieso por mi parte que aunque creia á sus autores capaces de desempeñar toda especie de papeles, jamas me figuré que llegára su destreza hasta un grado tan heróico. Aprendan de nuestra gente á saber arrepentirse esos tontos majaderos, que por no firmar una carta á tiempo son capaces de aclimatarse aunque sea en un calabozo, sin considerar que es una falta de crianza no escribir la enhorabuena á todos los que

reciben la honra de ser nombrados ministros.

Procure Vmd. no incidir en esa falta, pues todo lo que se pierde es un pliego de papel, y así como de la calumnia siempre dicen que se pega alguna cosilla, tambien se saca algun fruto de estas oportunísimas enhorabuenas. Abur, de Vmd. siempre afectísimo

El Lamentador.

VALLADOLID:

IMPRESA DE ROLDAN AÑO 1820,

donde se hallará con las anteriores.